

Los trancos de Bracho

CARLOS BRACHO

TRANCO I

En este Agradable Tranco nuestro ínclito escritor, el maestro Bracho nos lleva de la mano por los caminos lúdicos de sus cotidianas andanzas, y leído que fue su escrito por este seis veces H. Consejo Editorial sus miembros activos han determinado recomendarlo ampliamente a todas nuestras agraciadas lectorcitas. Puede que ellas, inocentes aún, encuentren lecciones que les servirán para su vida futura. Además el maestro Bracho dedica este Tranco a la memoria del inolvidable poeta Otto-Raúl González, que se fue de viaje eterno y nos dejó batallar solos en este confuso y deteriorado mundo:

Amigas insumisas, quiero decirles que -y lo afirman los sabios de este planeta- la vida es corta, que la juventud se va, corre vuela y se pierde en la nada sartreana. En vista de eso yo les digo que cuando el amor se presente tómenlo, agárrenlo, sujétenlo con todas las fuerzas que su corazón y alma les permitan. No dejen que éste pase sin dejar una huella profunda en su cuerpo, en su piel, en su espíritu. Las oportunidades las pintan calvas -vuelven a decir los sabihondos- y estos chances parece que son perseguidos por el demonio en persona, tan pronto están allí al alcance de sus manos de mujeres, y sin más, se evaporan en el éter inconmensurable. Que allí está el galán, amigas, como lo haría el Capitán Garfio, tiéndanle una trampa sutil, sonríanle con sonrisa de Mona Lisa, hagan muecas ligeras y coquetas, y ese garfio femenino penetrará en la piel

del mocetón y para cuando se dé cuenta de la trampa, estará en sus brazos, estará completamente a la deriva y sus sentidos estarán prestos a escuchar la orden de la voz de ustedes muchachas insurrectas.

La otra treta que ustedes amigas mías saben usar con perfección milimétrica es de mostrar una cara de inocencia rayana en el misticismo monjeril, hagan como que la falda está muy alta, muy a la altura de los muslos heroicos y con sencillez espartana, con mirada de borrego a medio horcar, bajen un poco el vestido, pero de tal manera que las telas dejen descubrir sus piernas deleitosas, sus muslos de Venus ciudadinas, exhalen luego un suspiro maternal, alcen los ojos a los cielos, y si la mirada del joven se les clava insistente, dejen que un rubor de virgen cubra su rostro, enrojezcan sus cachetes, dejen que los colores ardientes pululen por su cuerpo y rostro, si en los ojos del galán aparecen los rictus diabólicos y donjuanescos, al cabo de un rato de incertidumbre, láncele un quejido pequeño, imperceptible y díganle que las acompañe a subir al autobús o a su auto, en el trayecto, si les gusta el porte del niño, como que no quiere la cosa, denle su número de celular, y partan raudas y veloces, y siempre, como digo, y esto es fundamental, un velo de inocencia las deberá de cubrir... A la media hora el mozueto estará llamándolas.

Hasta aquí va mi consejo, lo que hagan ustedes después de la llamada, amigas bailadoras, es cosa que sólo pertenece a su libre albedrío. Lo que hagan o dejen de hacer es de entera elección.

Ahora, amigas -a reserva de que en otros Trancos futuros yo pueda darles más consejos útiles y de fácil aplicación y de resultados óptimos y maravillosos- les pido que lean este poema que escribí para mi entrañable hermano mayor, el gran poeta Otto-Raúl González, autor de incontables y estu-pendos libros de poesía. La palabra era el tesoro no escondido de Otto-Raúl, los verbos más sutiles los aplicaba a las mujeres del mundo, los adjetivos truculentos eran para calificar las virtudes femeniles, y el amor, en todo caso, fue el común denominador de su poesía, amor a la mujer, a la madre, a la joven inquieta y bella, al hermano, al luchador

social, al árbol, a la flor y a las estrellas. De amor vivió rodeado, y el amor le pagó su generosidad con más amor. Otto-Raúl y yo, infinitas veces charlamos sobre los besos candentes y volátiles de las musas, otras tantas, entre mezcal y mezcal, entre tequila y tequila, rememorábamos los lances pendenciosos, las partidas secretas, los juegos que con las damas hacíamos y que nos dejaban hacer, claro; al final y con las botellas de licor al aire, brindábamos por ellas, brindábamos porque nunca nos dejaran solos, brindábamos porque de los labios de ellas salieran palabras que terminaran por entregar nuestro Castillo. Siempre caíamos ante ellas:

Otto-Raúl salió en el tren que conduce al horizonte
 El viaje fue cómodo.
 Cerró los ojos ante el runrún de las vías
 Llegó puntual.
 Fue recibido de inmediato.
 La alfombra roja tendida
 La multitud de poetas
 Las caras por él conocidas

Los abrazos

Los discursos de bienvenida

Illescas, López Velarde, Villaurrutia, Novo

Agitaban banderitas de papel picado

El Peuqueñal en regocijo

El Alto Mando decretó tres días de regocijo

Quedó prohibido el enojo, la burla y el desdén, la ira.

Henchido, Otto-Raúl caminó pisando las flores amarillas

Llegó directo al Bar

¡Botellas de ron para todos! Ordenó el poeta

Cuentan que no tres sino cien días duró la fiesta

El dueño del Peuqueñal, feliz, pagó la cuenta.

Las últimas noticias llegadas en paloma mensajera

Indican que Otto-Raúl está radiante

Tan feliz está, que no tiene intención de regresar

(Desde aquí, Otto-Raúl, te digo adiós...

y haces muy bien en no venir aquí a la Tierra, tú sabes porqué). 🐱

www.carlosbracho.com

